

OPINIÓN

SILLÓN DE OREJAS

Caca, miedo
y un homenaje

Por Manuel Rodríguez Rivero

1. En Halloween

Escribo en Halloween (que es como la globalización designa el día en que conmemoramos a nuestros muertos) esta página semanal de mis lecturas y desvelos. Ignoro cómo lo celebrará en Bruselas, si es que aún está allí, el Gran Manipulador, quien, se marchó de rositas con cinco de sus consellers para intentar formar una torre de *xiquets indepes* en la capital de Europa (y lograr de ese

modo internacionalizar el conflicto), mientras dejaban con el *cul a l'aire* a los partidarios de la efímera república catalana proclamada en este siglo (ya antes, explica alguna pomposa enciclopedia, *altres formes polítiques de segregació respecte a l'estat espanyol han estat proclamades*). Quizás los seis conjurados hayan tenido tiempo de sentarse en alguna sucursal de Chez Léon cercana a la Grand Place para degustar unos mantequillosos *moules* con *frites* regados con buena cerveza

Delirium Tremens, ahora tan apropiada, mientras recuerdan la frase atribuida a Talleyrand acerca de la dulzura de los días de antes de la revolución o, siguiendo a Rimbaud, cuando la vida era “un festín en el que se abrían todos los corazones”. Estas semanas en las que allí y aquí se ha desplegado toda la panoplia de “emociones corrosivas” (le robo la expresión al neurocientífico Ignacio Morgado, que titula de ese modo un muy legible ensayo que acaba de publicar Ariel) y en la que la mayoría de los políticos no

Fotograma de *Sweeney Todd* (2007).

ha cesado de emitir clichés expletivos y fórmulas de relleno que solo sirven para enmascarar su oportunismo (lo de la señora Colau ha sido particularmente escandaloso), ha caído en mis manos uno de esos libros de “autoayuda” que atraen desde el mismo título: *Conozca su caca y lo que dice de su salud* (Urano), en el que el doctor Adrian Schulte, que lleva años analizando heces de todo tamaño, temperatura, aroma y color, explica cómo averiguar a partir del aspecto de las deyecciones

y meconios, la salud física (y mental!) de los que las expulsan, así como los remedios para mejorarla. Casi podría afirmar que, *mutatis mutandis*, no me absorbía tanto un libro sobre la mierda desde que leí (subrayándolo en rojo y azul) el capítulo que el (desdichadamente) olvidado Norman Brown dedica a la “visión excremental” (a propósito de Jonathan Swift) en su *Eros y tanatos* (1959; publicado por Joaquín Mortiz —la estupenda editorial mexicana de Díez Canedo— en 1967). Y qué quieren que les diga, tal

EN POCAS PALABRAS

Manuel Liñán

“En danza hay un antes
y un después de Gades”

Manuel Liñán (1980) es uno de esos bailarines que hacen avanzar el flamenco hacia el futuro. Desde muy joven destacó como solista de grandes compañías, pero no se conformó con eso. Sus trabajos con coreógrafos de otros géneros y artistas de otras disciplinas le han dotado de un estilo muy personal y vanguardista. Por eso acaba de recibir el Premio Nacional de Danza en la modalidad de interpretación.

¿Qué o quién le llevó al baile? El entorno, la atracción, la intuición, mi tierra, las costumbres.

¿Qué música le inspira más para bailar? El flamenco, por supuesto.

¿Qué libro tiene ahora en su mesilla de noche? *Miedo, olvido y fantasía*. Crónica de la investigación de Agustín Penón sobre Federico García Lorca.

¿Alguno que no haya podido terminar? Los de bachillerato...

Le han concedido el Premio Nacional de Danza por ensanchar los límites del flamenco con diversas influencias. ¿De qué influencias se nutre? Todo lo que ocurre a mi alrededor influye en la forma de bailar. Pero si nos ceñimos a la danza, he tenido relación con otras disciplinas, con artistas y bailarines que no son flamencos.

¿Qué coreografía ajena le habría gustado firmar? Todas las de Gades: ha habido un antes y un después de él. Genio.

¿Qué canción escogería como autorretrato? *Ome-ga*, de Morente.

Si no se dedicara a la danza, ¿qué le gustaría ser? No sabría hacer otra cosa. Me hubiera gustado estudiar astronomía, pero no me imagino sin bailar.

¿Qué está socialmente sobrevalorado? El fútbol. Los informativos dedican 20 minutos a los deportes (sobre todo al fútbol) y un minuto a la cultura.

¿Qué encargo no aceptaría jamás? Todo aquel que faltara a mis principios.



ILUSTRACIÓN DE SETANTA

TRIBUNA LIBRE / MANUEL CRUZ

Lo que realmente importa

A Emilio Lledó, en su 90º cumpleaños

Si Emilio Lledó se hubiera limitado a ser tan solo una figura enormemente influyente en la filosofía académica española de la Transición, habría perdido peso en el pensamiento de nuestro país tan pronto como se hubiera jubilado. Si Emilio Lledó hubiera sido solamente un magnífico profesor, su prestigio se habría ido apagando conforme se hubiera ido quedando sin estudiantes a los que transmitir su sabiduría. Si Emilio Lledó hubiera sido únicamente alguna de esas cosas, o incluso la suma de todas ellas, no estaríamos hablando hoy aquí de él. Pero Emilio Lledó no se deja describir apelando a ninguna de las determinaciones mencionadas. Si ha llegado a los 90 años no ya manteniendo intacto el prestigio que atesoraba cuando abandonó definitivamente las aulas, sino incrementándolo, es porque ha residenciado su virtud en el lugar que le correspondía: en la palabra misma.

¿Es esta efectivamente la clave del prestigio de Lledó? Intentemos poner a prueba nuestra propia afirmación. De pocas cosas se habla más en este país últimamente que de diálogo. Hasta el punto de que se diría que para algunos parece haber constituido un descubrimiento, cuando no (para los más ignorantes) una propuesta radicalmente novedosa. Pero ¿qué es el diálogo sino la palabra en su estado más vivo, la palabra en acción, ese momento en el que la palabra muestra todo su poder y se pone en juego? Importa entenderlo así para alejarse de una imagen unilateral de lo dialógico sumamente frecuente. Me refiero a esa imagen en la que el diálogo queda dibujado como una actividad, noble, hermosa, bienintencionada, que busca que las personas rebajen su posible dogmatismo, su intransigencia, su incomprensión o cualquier otra actitud negativa (por no decir antipática), saquen su parte buena y corran al encuentro del otro para ponerse de acuerdo con él de forma razonable y, de ser posible, amistosa. Así dibujado, el diálogo formaría parte del repertorio categorial del perfecto buenista, y el mejor provecho que podría extraerse de él sería el de que constituyera un instrumento para negociar y alcanzar acuerdos.

Qué duda cabe de que en ocasiones el final feliz es la desembocadura del diálogo, pero representaría un grave error suponer que es una desembocadura inevitable. Si no queremos quedar atrapados por las connotaciones que a menudo se adhieren a las palabras, se impone subrayar la enorme importancia del diálogo entendido, si se

me permite decirlo así, como aventura intelectual, que es como nos enseñó a entenderlo Emilio Lledó. Ignoro hasta qué punto el veneno del diálogo a él se lo inoculó a su vez Hans-Georg Gadamer, con quien estudió en la Universidad de Heidelberg, o ya venía Lledó envenenado de casa, esto es, lo llevaba incrustado en lo más profundo de su alma cuando conoció al autor de *Verdad y método*. En todo caso, se puede afirmar que la pasión por el diálogo como actividad espiritual de alto riesgo —por decirlo apenas de otra manera— constituye la expresión más transparente de su talento intelectual, aquello que mejor informa de la naturaleza de su pensamiento.

De ahí la complementaria insistencia, de la que nunca se ha apeado Emilio Lledó, en la *paideia*, en la educación. Esta debería cumplir, además de una función de conocimiento, una función moral. Hay que educar para saber y para convivir, y eso solo puede llevarse a cabo sobre la base de conocer en el sentido más amplio y fuerte de la palabra, esto es, de conocernos también a nosotros mismos, a los que tenemos por otros y a los vínculos que podemos y debemos establecer con ellos. Llámesele a esto, si se quiere homenajear a Flaubert, educación sentimental (a no confundir con la *autoayudesca* inteligencia emocional) o de cualquier otra forma, siempre que dé cuenta del calado que se le está atribuyendo a la función de ese educador.

Y aunque Lledó, modestamente, prefiera definirse como profesor de filosofía antes que como filósofo, lo cierto es que, parafraseando al ilustre político, podríamos decir de él que es filósofo a fuer de (magnífico) profesor de filosofía. Esto es, lejos de contentarse con ser mera correa de transmisión de la herencia recibida, se ha esforzado en criticarla, depurarla y mejorarla para ponerla al servicio de un ideal de vida buena. Con lo que nos vemos devueltos al punto de partida: ha dialogado con la tradición de la que somos hijos, se ha convertido en interlocutor de ella y, a través de ese gesto, ha ejercido de filósofo. Las lecciones de dicho diálogo están en los textos que Lledó ha escrito, textos con los que, prolongando esa gran conversación de la humanidad que es la cultura, venimos nosotros hoy convocados a dialogar. No otra constituye, en fin, la gran metaelección que deberíamos retener de su magisterio (y, en lo posible, aplicarnos para ser capaces de prolongarla): la figura de Lledó resiste tan bien el paso del tiempo porque siempre ha hablado de las cosas que realmente importan.

“
Hay que educar para saber y para convivir, y eso solo puede llevarse a cabo sobre la base de conocer en el sentido más amplio de la palabra